

Volver a leer / 'Hijos de la ira'

Desde su primera publicación en 1944, cuando apareció con cinco poemas menos de los que en posteriores ediciones tiene, he vuelto a leer y a releer en muy diversas ocasiones *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. Como es lógico, estas lecturas y relecturas no fueron nunca iguales. Unas veces busqué y leí un poema concreto, como suelen hacer muchos lectores de poesía, y otras la lectura o relectura fue completa, de principio a fin y despaciosamente. Y siempre el libro me parecía distinto, cambiante, movedizo. Hoy, vuelvo una vez más a sus 26 poemas, nuevos matices y sabores han recreado mi ánimo y mi gusto: es un libro vivo, sorprendente, extraordinario, y a él quiero ceñirme. No voy, pues, a escribir sobre el más que probado valor de la obra poética de Dámaso Alonso, ni a tratar su ya muy estudiada influencia en otros autores, sobre todo a partir de la publicación del libro que motiva estas líneas. Voy a referirme únicamente a *Hijos de la ira* como su lector apasionado que soy, prescindiendo de otras facetas, ya sean eruditas, amistosas o comparativas. Voy a intentar contar algo imposible.

Sin respuesta divina

Angustia, patetismo, miedo, esperanza, desesperación y mucho amor: con estos y otros sencillos componentes, la maestría de Alonso logra que sus poemas penetren en el lector, que los haga suyos, los sienta, se turbe con ellos y por ellos se conmueva. Desde la inicial interrogación, sin respuesta divina, que es *Insomnio*, hasta el milagro final de *Las alas*, de las fuertes, inmensas y femeninas alas que permiten al poeta remontarse y salvarse, el lector recorre un larguísimo, terrible y hermoso retablo de muerte y maravilla, de ternura y desolación.

La condición humana, en su grandeza y en su irrisoria pequeñez, se ofrece unas veces a través de la voz inaudible de un árbol, voz que es la caricia de sus hojas; el hombre, ante la piedra que se manifiesta a través del silencio, y junto al amoroso roce vegetal, es como un aullido inútil, carente de sentido. El alma humana es lo mismo que una ranita verde sentada junto a un divino río caudaloso al que teme por su furiosa crecida: pero la ranita acaba aceptando perderse, o salvarse, en la sobrenatural inundación. También el ser del hombre aparece como una pequeña isla ignorada que ruega al mar de la divinidad que la arrase, que la borre con sus olas jubilosas, que la disuelva en él.

En otras ocasiones, la reflexión sobre el hombre se narra mediante la descripción del gesto de un niño que quiere alcanzar una flor, la gran rosa del mundo, inabarcable; el ser humano es, pues, como el vencejo de una tarde, como el perro que gime por su amo muerto y al que nadie oye.

Este precario y triste estado del hombre viene agravado por la injusticia. En el poema de este título la injusticia aparece desde el principio, desde la creación; el poeta ha sentido la espina de sus podridos cardos, el vaho de ponzoña de su lengua. Pero la injus-

La tersura de la palabra

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO



TINO GATAGAN

ticia, aunque reine en el mundo y hiera y retuerza el alma humana, no podrá apagar el gran amor que bulle en el corazón de los hombres. Y cuando la injusticia se personifica en un tirano o en la entera humanidad, la voz de Dámaso Alonso alcanza la altura y grandeza del salmista: en *El último Caín* fustiga a ese tirano y a toda una malvada multitud. Muestra una visión del mundo antes del gran crimen, nos habla de la ciudad en la que flamearon las alarmas: de los niños y muchachas que allí vivieron y cuyos huesos calladamente acusan al causante de tanta destrucción. Pero el Caín-tirano, el Caín-humanidad, no quiere ver su obra aniquiladora y pasa sin mirar, huyendo contra las sombras al huir de las sombras, mientras la imprecación final del poeta le conmina a que se

pierda, a que se disuelva como un fantasma. Pero también existen pequeñas injusticias, como el canto funeral a un moscardón azul, al que dio muerte porque le estorbaba mientras escribía un soneto de amor: mira a su víctima con arrepentimiento y piensa que sus ojos verán también, por última vez, el mismo jardín, la misma luz y el mismo paisaje que vieron los ojos del insecto.

Hijos de la ira está lleno de miedo, comunica miedo, Miedo a la muerte, sobre todo. Pero al hablarnos de los difuntos, el poeta combate ese miedo al expresar la seguridad de que él *no será* hasta que no sea como ellos, como Dios, que no vive, que es; y pide, desea, que para todos los muertos suenen ya la trompa y el timbal, el pífanos y la tuba, como un gran homenaje de la vida a la muerte. En otro poema Dámaso Alonso se sitúa ante los moribundos de un fantasmagórico hospital, contempla sus gestos, escucha sus voces: casi todos hablan de largos viajes, pero el poeta se pregunta: ¿qué habrán visto sus ojos antes de la partida, mien-

tras ultiman los preparativos? En otra composición cree averiguar el sentido de los aullidos de su perro *Pizca*, que son lamentos de miedo al vacío, a las sombras sin nombre que están detrás del perro y de su amo y que son el espanto de todo lo que existe.

Miedo a la sombra final

El miedo ante lo que no se conoce, ante la sombra final que nos aguarda, se expresa también en varios hirientes y bellísimos poemas. Pero en el titulado *Mujer con alcuza*, esa sensación de vacío y soledad alcanza los límites de la mayor hondura. El poeta cree reconocer a una mujer que avanza por la acera arrastrando sus viejos zapatos: sí, él sabe que llegó en un tren, recorriendo países, estaciones y edades; que se durmió arrullada por las conversaciones y los ruidos del tren; que despertó a media noche y estaba sola; que se bajó del enorme convoy vacío, y estaba sola; que siguió por la acera, entre zanjas abiertas a uno y otro lado, semejantes a tumbas, y estaba sola; y que sigue avanzando, encorvada, con la alcuza en la mano, como una semidiosa, en medio de la vida y de la muerte.

Hay en este libro dos composiciones en las que se manifiesta de un modo muy acusado su forma de oración. *De profundis* es el rezo de un hombre pecador, de un apestado con alma de ramera de arrabal, que pide desgarradoramente a su Dios que le deje continuar pudriéndose, pudriéndose hasta la entraña, para poder ser un día el abono, el mantillo de sus huertos celestiales. *A la Virgen María* es una plegaria dulce, amorosa: el poeta no sabe quién es María, pero la siente como una luna grande de enero, y desea sentirla más aún, sólo humana, como auténtica madre en cuyos brazos quiere reposar.

Ya dije antes que el amor y la ternura están presentes en estos *Hijos de la ira* escritos por un hijo de la ira. Muchas veces el sentir amoroso nos envuelve como un aire suave, acariciador. Así ocurre cuando el poeta, herido por la visión de su madre, vieja y enferma, la convoca para que regrese a la infancia, para allí, niño también él, poder pasear juntos por el bosque y contemplar las maravillas que contiene: la llameante ardilla, la tela de la araña llena de rocío, la huida de los corzos... Y al fin, aunque la imagen prodigiosa desaparezca, nos deja el calor, la esperanza en un sueño que habrá de realizarse. Y en otras dos frescas canciones aparece el humor mezclado con la ternura: *Cosa* es un precioso canto a una muchacha esquiva, a una terca niña; y *Yo* es un divertido juego del poeta con su doble, mudadizo y burlón.

Apresuradamente he contado lo que despaciosamente he releído. Pero en *Hijos de la ira*, hay algo que no se puede contar, que no se puede comunicar: la magia del verso, la tersura de la palabra, el latido de un artista que, emocionado él, consigue emocionar a los demás. Ah, este libro de Dámaso Alonso hay que leerlo y releerlo siempre.

HIJOS DE LA IRA. Dámaso Alonso.
Espasa Calpe. Colección Austral.
Última edición 1984. 290 pesetas.